



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Repensar el futuro de América
- Autor: Zea, Leopoldo
- Forma sugerida de citar: Zea, L. (2000). Repensar el futuro de América. *Cuadernos Americanos*, 6(84), 11-18.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XIV, Núm. 84, (noviembre-diciembre de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Repensar el futuro de América

Por *Leopoldo ZEA*

PUDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

NUESTROS LIBERTADORES Y REFORMADORES hablaron siempre de América, y convocaron a la lucha armada por su liberación a los americanos. José Martí la llamó "Nuestra América": continente multirracial y multicultural que como un gran crisol integraba las distintas manifestaciones de lo humano. La América de la que partiría el reconocimiento universal de la diversidad de expresiones que forman la humanidad. La Nación de naciones que abarcaría el universo entero que profetizaba Simón Bolívar. Nación poblada por la Raza Cósmica de que habló José Vasconcelos: Nación de naciones, Raza de razas y Cultura de culturas.

Los que fueron sueños y utopías, ahora son realidades que se están concretando en este fin de milenio. Realidad cuando la llamada América Sajona, los Estados Unidos, que parecía un país exclusivo de gente blanca y puritana, se reconoce a sí misma como una nación multirracial y multicultural y lucha por incorporar a todos al llamado "Sueño americano", que era exclusivo de aquellos estadounidenses que, montados sobre el sacrificio de otros, los marginaron por su diversidad racial, cultural, hábitos y costumbres. El proyecto es hacer de ese país la más grande nación multirracial y multicultural de la tierra.

Lo que sucede en América se convierte, en nuestro tiempo, en problema en el continente del que partió la conquista y la colonización de la tierra: Europa. Allí se plantean en la actualidad cuestiones que parecían exclusivas de nuestro continente. En el llamado Viejo Mundo se preguntan ¿qué somos? "Siempre creímos ser la máxima expresión de lo humano y la cultura por excelencia. Presunción que ponen en entredicho millones y millones de personas de diferente color y de otras culturas, que exigen ser tratados como semejantes. Nos reclaman lugares y privilegios que pensábamos eran exclusivamente nuestros".

La respuesta la busca Europa en su historia mediterránea, helénica, latina y cristiana. En el pasado, que pese a la diversidad de las razas y culturas reunidas en el Viejo Continente les dio hue-

so y sentido. Es el pasado que se formó en el mar Mediterráneo, donde se dieron encuentro distintas expresiones de lo humano. La que sería Europa al norte, África al sur y Asia al oriente. Mosaico de culturas que griegos y romanos integraron y llevaron a la Europa al otro lado del mar, la Europa báltica y noratlántica.

¿Qué dieron Grecia y Roma a esos pueblos del norte a los que llamaban bárbaros —por *barbaric*, esto es no expresarse correctamente en la lengua y cultura de sus conquistadores? Su propia cultura, lengua y leyes, que les permitirían entender y hacerse entender. A esto se agregó el monoteísmo, que surgió en el Mediterráneo oriental y que se transformó en cristianismo. Sin renunciar a sus ineludibles identidades, los llamados pueblos bárbaros se integraron al orbe helénico, latino y cristiano. Es así como Europa se piensa a sí misma, buscando su verdadera identidad. Hombres entre hombres, gente entre gente, unos entre tantos.

A nosotros nos toca repensarnos, meditar sobre América y el origen de nuestra peculiar concepción de la unidad en la diversidad de lo humano. Repensar al continente, de Alaska al Cabo de Hornos, con el que Colón tropezó en 1492. Reflexionar para situarnos entre los millones de personas que habitan el mundo de nuestro tiempo. Seres humanos que no nos son extraños, sino parte de lo que consideramos nuestra múltiple identidad. Bolívar, Martí, Vasconcelos y muchos otros vieron la capacidad humana de este continente, que ahora está siendo mejor valorado. Un caldero aglutinador de la diversidad que forma la humanidad.

Colón, creyendo encontrar el Asia por el Occidente, llegó a América y trajo consigo el mismo espíritu del Mediterráneo, que esta región del mundo hizo suyo porque lo identificaba como propio. Bolívar vio en este continente el Mediterráneo integrador de la antigüedad. Un continente que, como el viejo mar europeo, integraba la diversidad de lo humano, agregando, además, lo propio. Descubrimiento que abarcaría la totalidad del planeta.

Bolívar, al convocar en 1826 al Magno Congreso de Panamá, dijo: "Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería el señalado, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra a África y Europa". El Libertador no se resiste a comparar lo que fue la integración mediterránea, con la que se ha formado en América y lo que ella originará en el resto de la tierra. Por ello pregunta: "¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?" Simplemente el punto de partida de una globalización que ahora se

hace patente en este nuevo milenio. Lo que parecía utopía, hoy día se está concretando.

Una realidad que los americanos debemos pensar y repensar, porque en ello nos va el futuro, ya que ahora envuelve a toda la gente y los pueblos de la tierra, afirmando o cambiando hábitos, costumbres y creencias. Para nosotros es la afirmación de nuestra pluralidad. Para otros, es tener que cambiar la creencia en su congénita superioridad. Los que aceptan y reafirman lo que son y los que se niegan a ser unos más entre otros. Afirmación y resistencia que está originando la Guerra Sucia que siguió a la Guerra Fría, la cual se caracterizó por la lucha entre dos potencias y dos sistemas que se disputaron el dominio de la tierra. En la Guerra Sucia se buscan nuevas formas de hegemonía.

Quienes se resisten a los cambios insisten en mantener antiguas formas de represión y discriminación. Algunos insisten en mantener la Guerra Fría. Comunistas son y siguen siendo las personas y pueblos que, de alguna forma, buscan limitar sus milenarios intereses y se niegan a aceptar el dominio de las potencias y de la gente del autodenominado mundo libre. Es la guerra que se mantiene contra pueblos como el cubano, pese a que terminó la Guerra Fría, y contra cualquier pueblo que defienda simplemente su soberanía.

“Hagas lo que hagas nunca podrás ser mi semejante”, dice Próspero a Calibán en el drama *La Tempestad* de Shakespeare.

En la Guerra Sucia se insiste en reafirmar la superioridad congénita de los conquistadores y colonizadores de la tierra. La superioridad material y moral del mundo occidental, los Estados Unidos y la Europa bajo dominio norteamericano durante la Guerra Fría. En 1989 el estadounidense Francis Fukuyama expresó que pueblos como los que forman el llamado Tercer Mundo, y los que estuvieron bajo la hegemonía soviética en Europa, estaban destinados a quedar flotando en una historia sin fin. No así los occidentales, que han mostrado su superioridad en la ciencia y tecnología, y que además ya han llegado al fin de la historia.

Ciencia y técnica occidentales que hacen prescindibles al resto de los pueblos. Prescindibles son ya las materias primas arrancadas de las colonias, así como el trabajo esclavo, por barato que lo paguen sus dueños. Esto es, las colonias ya no son necesarias, la ciencia y la técnica occidentales reciclan materias primas y robotizan el trabajo. Fukuyama escribió en 1989 sobre el fin de la Guerra Fría y con ello el fin de la obligada defensa armada de los

Estados Unidos de la Europa bajo su hegemonía. Ahora, la Europa occidental se integra en la comunidad de naciones que soñaron nuestros próceres, pero desafortunadamente sólo se integraron con países de esa región del mundo.

Esta Europa pone en marcha la economía de mercado. Pero igualmente lo harán pueblos asiáticos mandados al vacío de la historia sin fin y las innecesarias colonias europeas de ese continente. Las motivó Japón, en otra relación que no era ya imperial. Los asoció a su economía y hace, de las que fueron colonias europeas, los Tigres del Pacífico. A esta economía de mercado se agregan China y la India. Negaron así las pretensiones de Fukuyama, ya que lograron hacer emerger a las mismas ciencia y técnica occidentales.

Los asiáticos muestran no sólo su capacidad para el uso de la ciencia y la técnica occidentales, sino también su inteligencia para transformarlas, perfeccionarlas y recrearlas. Algo más, ponen sus productos, por sus precios, al alcance de un mayor número de consumidores. Lo que se hace en Asia, puede hacerse también en cualquier pueblo de la tierra. Se consolida la profecía de nuestra América: "Todos los hombres son iguales por ser distintos".

Fukuyama y su maestro Samuel Huntington se sienten obligados a reconocer la capacidad de los pueblos asiáticos para usar y superar la ciencia y técnica occidentales, pero agregan: "Lo que jamás podrán superar es nuestra calidad moral. Nunca haremos trabajar a un hombre 24 horas al día como lo hacen los asiáticos". Desde Singapur, lugar donde se hace patente en su máxima expresión el desarrollo asiático, el principal dirigente les contestó: "Antes trabajábamos para ustedes 24 horas al día, ¿eso era moral? Ahora trabajamos para nosotros 24 horas al día ¿es eso inmoral?".

Sin embargo, recientemente Fukuyama, en 1999, insistió en la superioridad moral del mundo occidental. Ante la emergencia de los pueblos mandados al vacío de la historia sin fin, reconoce la capacidad de esta gente para el uso de la ciencia, pero vuelve a negarles la capacidad moral para utilizarla, para conseguir los frutos que el Occidente obtiene de esa ciencia y técnica.

Esto se ha hecho sentir —sigue sosteniendo— en las recientes crisis económicas de Asia y la violencia social que originaron. También está patente en las crisis económicas y sociales de México, Brasil, Argentina y otras naciones más en América Latina. Asimismo, en las brutales guerras tribales en África, la rivalidad en Medio Oriente, la crisis económica de Rusia, las luchas en

Kosovo y Serbia. En todos estos ejemplos se muestra su incapacidad. Por humanos, demasiado humanos, y por ello envidiosos, egoístas y corruptos. Por ello se dividen e impiden lo que serían logros significativos en ciencia y tecnología.

Mientras esta gente más usa los instrumentos de la ciencia y la técnica, los occidentales, por el contrario, están desarrollando otras áreas de investigación, como la genética, instrumento no para mejorar la raza humana, sino para erradicarla definitivamente. En poco tiempo surgirá el superhombre, sin pasiones que lo limiten y por ello más capaz de servir a los intereses de sus creadores. Mientras el resto de la humanidad llega a su fin, ayer el fin de la historia, ahora será el fin del hombre.

Pese a estas resistencias y calificativos, la concepción multirracial y multicultural de nuestra América se va realizando. Estados Unidos se latiniza al reconocer e incorporar como ciudadanos a los millones de marginados, quienes a pesar de su diversidad étnica y cultural forman parte de la sociedad y economía del país.

En esta economía que el desarrollo científico y técnico hace posible, en que son prescindibles las materias primas y la mano de obra barata, no se puede suplir la capacidad de la gente para consumir, y esto es lo que produce el extraordinario desarrollo, imposibilitando así las pretensiones autárquicas. Son necesarios los pueblos capaces de comprar lo que no alcanza a consumir el Occidente; de no ocurrir esto, se pone en riesgo el desarrollo alcanzado. Son necesarios los millones de seres humanos que se quisieron mandar al vacío de la historia sin fin. Pero gente y pueblos pobres no consumen, por ello deberán tener empleo, y con ello capacidad de consumo, poder adquisitivo, y esto sólo podrá lograrse si sus economías se desarrollan.

¿Qué hacer? Lo hecho por Japón con sus vecinos, incorporándolos a un desarrollo que debe ser compartido. Fue lo que hizo el presidente William Clinton en Estados Unidos, quien sumó al desarrollo a los marginados de esa nación. Lo que está haciendo la Comunidad Europea al invertir e incorporar a su economía a los emergentes países asiáticos, incluidos los que fueron sus colonias.

En Estados Unidos, los cambios originados por el fin de la Guerra Fría permitieron a la Europa occidental integrarse y poner en marcha la economía de mercado, con ello pusieron fin a las pretensiones de hegemonía planetaria de la Unión Americana. La poderosa nación es prescindible con sus sofisticadas armas.

En 1992 el presidente Bush, frente a esta situación, sabe que deberá cambiar la economía militar de la Guerra Fría por la economía de mercado. Sin embargo, ni en Europa ni en Asia encontrará el mercado que necesita. Sólo queda la región de América, patio trasero de sus intereses. Tiene varios millones de posibles consumidores, pero gente pobre no consume. Habrá que seguir el modelo de Japón en Asia, incorporarlos a su economía, desarrollando con ellos mercados capaces de consumir y de producir. Así surgió la oferta continental de un Tratado de Libre Comercio con Canadá y América Latina.

En el año 1992, el presidente republicano George Bush, que aspiraba a la reelección fue derrotado por el candidato demócrata William Clinton, que hizo suyo el tratado propuesto por sus opositores políticos, pero son ellos quienes se niegan a aprobar a un presidente que llega con un programa que afecta sus intereses en Estados Unidos. El tratado se limitó a Canadá y México. Este último, por ser frontera de la potencia. Los otros países quedaron fuera del proyecto, considerado en un principio como continental.

El tratado limitado a México causa molestias y suspicacias entre los que lo esperaban al sur de nuestra América, pues estaban seguros de ser parte del mismo. ¿Cómo hizo México?, se preguntan. Nuestro conocido Samuel Huntington es interrogado sobre la posibilidad de que afectara a la Unión Americana el tratado con México. A esto respondió que para Norteamérica “no hay ningún problema; será México el que se transforme culturalmente en un apéndice de los Estados Unidos”. Una vez más surgió la calificación de inferioridad de gente como la que habita en México. Supuestamente pueblos como éste no pueden asociarse con naturalezas superiores si no es renunciando a ser lo que son. Por lo tanto, tendrán que descastarse.

Los países al sur del continente, fuera del tratado, como Brasil, Argentina y Uruguay, que ya estaban integrados en el Mercosur, buscan establecer relaciones comerciales con la Comunidad Europea, que quiere penetrar en una región que parecía exclusiva de Estados Unidos. Pero a la Comunidad Europea también le interesa México, por ser parte del TLC. Se hacen sondeos en este sentido. El francés Alain Touraine habla de dos Américas: una europea, la del Norte, y otra distinta al Sur, cargada de indios, africanos y mestizos. Esta América está necesariamente obligada a subordinarse a la América anglosajona. La América mestiza y la anglosajona difícilmente podrán integrarse. Y menos aún un país mestizo como

el mexicano podrá asociarse económicamente con la Europa comunitaria.

La Comunidad Europea desea integrarse a México como lo ha hecho ya en Asia, para no quedar fuera de su extraordinario mercado. México es la entrada al mercado que el TLC está formando y que puede ampliarse a todo el resto de América Latina, de acuerdo con el propósito original del tratado: la asociación para el libre comercio de las Américas. Sin embargo, sus condiciones vuelven a ser morales. México se debe comprometer a respetar los Derechos Humanos. Condicionamientos que no exigen a los asiáticos, menos aún a China.

México se niega a aceptar una disposición ajena a un tratado económico. Se pone en marcha un largo y penoso forcejeo que va originando provocaciones que parten de gente en Europa que no quiere saber de tratados con pueblos mestizos y bárbaros como el mexicano. Provocaciones encaminadas a lograr represión para que se violen derechos humanos, como en Chiapas y en la Universidad Nacional, frenando el estado de derecho. Pese a ello, el Tratado con la Comunidad está en marcha y parece va a culminar en pocas semanas, lo que permitirá a la Comunidad Europea entrar al rico mercado continental de nuestra América y de Estados Unidos.

El mundo occidental, Estados Unidos y Europa, necesitan ser parte de la globalización humana ya patente en el nuevo milenio. El mundo profetizado por nuestros libertadores y reformadores. Dentro de una economía participativa, donde nadie puede faltar ni sobrar. Más allá de las pretensiones de moral de pueblos que llegaron a ser lo que son, violando los derechos que ahora enarbolan como expresión de su propia moral. Y hacen de ellos instrumentos de injerencia en su beneficio, como lo son las certificaciones respecto al narcotráfico, de supuesta gente que libremente se droga. Exigencias de respeto a derechos que nunca acataron, pero que exigen a otros pueblos para su beneficio.

Nuestro reto es repensar nuestra América para afianzar los valores que heredamos de nuestros mayores. Consolidar las propias identidades e intereses, sin afectar los de otros. No ser ya más instrumentados por quienes siempre nos instrumentaron. Integrarnos en nuestra ineludible diversidad y con ello ser más fuertes, para asociarnos con quienes respeten nuestra identidad y compartan sus intereses con los nuestros. Competir, pero cooperando de tal forma que nadie quede fuera del mundo de libertad y del con-

fortable modo de vida que han de estar al alcance de toda la gente que forma la humanidad, sin discriminación racial o cultural alguna.

En este empeño la UNESCO, creada para preservar la paz en la mente de los hombres, a través de la Oficina Regional, consideró que ésta puede ser su gran tarea en nuestra América. Deberá continuar el estímulo que ha sido desde su creación hace cincuenta años. Si la meta de la UNESCO es la paz, no hay mejor paz que la que tiene su raíz en el corazón de los hombres, reconociendo a los otros como sus semejantes.